



You have downloaded a document from
RE-BUŚ
repository of the University of Silesia in Katowice

Title: Observaciones sobre la historia de una utopia

Author: Joanna Wilk-Racięska

Citation style: Wilk-Racięska Joanna. (2005). Observaciones sobre la historia de una utopia. W: K. Jarosz (red.) "Les images de l'Amérique dans les littératures en langues romanes" (S. 13-26). Katowice :Wydawnictwo Uniwersytetu Śląskiego



Uznanie autorstwa - Użycie niekomercyjne - Bez utworów zależnych Polska - Licencja ta zezwala na rozpowszechnianie, przedstawianie i wykonywanie utworu jedynie w celach niekomercyjnych oraz pod warunkiem zachowania go w oryginalnej postaci (nie tworzenia utworów zależnych).



UNIwersYTET ŚLĄSKI
W KATOWICACH



Biblioteka
Uniwersytetu Śląskiego



Ministerstwo Nauki
i Szkolnictwa Wyższego

Observaciones sobre la historia de una utopía

JOANNA WILK-RACIEŃSKA

Sin exageración alguna podemos decir que cuando a principios del siglo XVI Tomás Moro publicó su *Libellus vere aureus nec minus salutaris quam festivus de optimo reipublicae, deque nova Insula Utopia*¹, un esquema conceptual que había empezado a cristalizarse desde el momento en que el hombre empezó a pensar recibió su nombre propio...

Como expresa el famoso diccionario de María Moliner², la palabra “utopía”, creada por Tomás Moro con la raíz del gr. *topos* y el prefijo negativo *u-*, designa cualquier idea o plan muy halagüeño o muy bueno, pero irrealizable. Un “utopista” es una persona propensa a pensar o planear utopías, a formar en su mente imágenes de una cosa inexistente tomada como real. Se aplica esta palabra al que tiene una esperanza infundada o demasiadas esperanzas. Por ello un “pensamiento utópico” equivale entonces a una “ilusión”, que María Moliner define como “una imagen formada en la mente de una cosa inexistente tomada como real”, o bien “esperanza o creencia vana con que alguien se siente contento”. Otras referencias que encontramos en los diccionarios son del tipo de las siguientes: “alucinación, ensueño, fantasía, ficción, sueño dorado y... **utopía**”³.

De lo dicho hasta ahora resulta que tanto “ilusión” como “utopía” proceden de la desesperación. El mismo Tomás Moro no parecía tener ilusiones al crear el nombre de su isla con el prefijo negativo *u-*.

¹ Tomás Moro: *Libellus vere aureus nec minus salutaris quam festivus de optimo reipublicae, deque nova Insula Utopia*. Londres 1516.

² M. Moliner: *Diccionario de uso del español. Edición en CD-ROM, Guía del usuario*. Madrid: Gredos S.A., 1996.

³ Parramón. *Diccionario enciclopédico ilustrado práctico*. Barcelona: Parramón Eds. S.A., 1993.

No obstante, la necesidad eterna de este “sueño dorado”, que no es sino la felicidad y las constantes desilusiones que se daban en su lugar, desembocaron no sólo en una estructura conceptual característica de los seres humanos, sino también en la creación de un género literario que, aunque su definición sea bastante inexacta y con bordes difusos, tiene rasgos muy característicos que permiten distinguirlo de otros géneros. Y así, en primer lugar, el mundo utópico está cerrado y completamente desconectado del mundo real. Por este motivo, el protagonista (los protagonistas) sólo puede llegar a ese mundo después de un **largo viaje**, a menudo muy peligroso y hasta sobrenatural. Este recurso es muy importante porque permite al autor situar al protagonista en un mundo desconocido cuyas ideas, pensamientos, leyes y costumbres se presentan al lector mientras que, por su parte, el protagonista los va conociendo. El mundo utópico es tan diferente de lo que el protagonista (y el lector) había conocido hasta entonces que, para poder moverse en él, necesita un **guía**. El guía debe ser una persona sabia, estimada y respetada por los miembros de su comunidad (como sucede, por ejemplo, en la famosa novela de C. Fuentes *Terra Nostra*⁴), porque nuestro protagonista no sólo necesita conocer las **costumbres** (que están, por lo general, mucho **mejor pensadas** que las del mundo real, especialmente **en el plano económico, administrativo y jurídico**) sino que, muy a menudo, necesita también ser protegido por alguien que, gracias a su sabiduría, sabe reconocer su “bondad interior”, a menudo “inconsciente”, perfectamente escondida bajo una capa de agresividad, codicia, vanidad y egoísmo propios de los seres humanos pertenecientes al “mundo real”. Volvamos una vez más a *Terra Nostra* y comparemos la escena en la playa donde Pedro y su joven compañero de viaje encuentran por primera vez a los indígenas: Pedro, un típico representante del “mundo real”, no entiende, ni intenta comprender un modo de pensar totalmente diferente del suyo, reacciona con agresión y violencia, propios de la filosofía del mundo que representa, a todo lo que le parece extraño e incomprensible. En consecuencia, su inflexibilidad le lleva a la muerte, mientras que, la actitud adoptada por su compañero de viaje es mucho más abierta y tranquila. Su espíritu de paz y el respeto a las costumbres de los otros le protegen y permiten continuar su aventura.

Como vemos, el carácter vicioso, típico de un miembro de una comunidad real no les facilita a los protagonistas de las novelas utópicas acostumbrarse al mundo ideal de los indígenas. Sin embargo, como observa Ch. Walsh en *From Utopia to Nightmare*⁵, el hombre es bueno por naturaleza, los vicios no forman parte de su carácter sino que son resultado de las condiciones en que vive. Por este motivo no es difícil reformar al hombre. El mundo utópico es feliz porque la felicidad no aburre, y también porque el hombre forma par-

⁴ C. Fuentes: *Terra Nostra*. México: Editorial Joaquín Mortiz S.A., 1975.

⁵ Ch. Walsh: *From Utopia to Nightmare*. London 1962.

te de la comunidad y no hay incompatibilidad alguna entre la vida del hombre como unidad y la vida de la comunidad. Otro principio característico del mundo utópico, y muy importante para el presente estudio, es que el hombre es capaz de ordenar el mundo, instituir leyes y eliminar absurdos...

Anteriormente hemos dicho que “utopía” como género literario tiene una definición bastante inexacta y con bordes difusos, pero sus características más importantes son fáciles de destacar. Ahora tenemos que añadir que tal definición de utopía permite buscar sus características no sólo en las novelas típicamente utópicas, sino también en los textos que a primera vista nada tienen que ver con los ideales utópicos.

El objetivo de este pequeño estudio es comentar algunos textos donde los rasgos utópicos están implícitos. Observaremos algunos rasgos típicamente utópicos que se asoman en las cartas y diarios escritos por los primeros conquistadores del Nuevo Mundo.

Sin pretender adentrarnos aquí en los problemas históricos que plantean tales documentos, fundamentalmente nos va a interesar el valor humano de los textos, que reflejan, más que los hechos históricos mismos, el modo como los vieron e interpretaron los primeros europeos en América. Para destacar y subrayar la utopía implícita que atribuimos a dichos relatos, intentaremos también confrontarlos con algunos textos de los indios nahuas de diversas ciudades y procedencias, recogidos y transcritos por Ángel M^a Garibay bajo el título *Visión de los vencidos*⁶.

En primer lugar hay que subrayar que la “utopía” de los conquistadores no es el efecto de una actitud literaria consciente, sino que resulta de una filosofía del mundo específica de aquella época, de un sistema axiomático basado en un radicalismo total. Los españoles de entonces destacaban por su creencia ilimitada en sus propias cualidades, en su misión imperial y en la superioridad espiritual de la iglesia católica. El gran historiador holandés Huizinga⁷ subraya que los europeos del siglo XVI (por tanto, no sólo los españoles) no sabían nada de las ideas que han formado nuestro espíritu justiciero contemporáneo: distanciado y vacilante. Vivían una vida en blanco y negro:

⁶ Á. M^a Garibay: *Visión de los vencidos*. México: UNAM, 1972, pero véase también M. León-Portilla: *Visión de los vencidos. Relaciones Indígenas de la Conquista*. En: *Estudios de Cultura Nahuatl*. Vol. 22. México: UNAM, 1993. Es importante subrayar que el trabajo de Á. Garibay trata de los méxicas y no puede ser confundido con la famosa *Visión de los vencidos*, como N. Wachtel y L. Portilla llaman los *Comentarios reales que tratan del origen de los Incas*, una extraña mezcla de fantasía y realidad escrita por Garcilaso de la Vega llamado El Inca (para diferenciarlo del poeta toledano de quien era pariente), y que Fueter compara abiertamente con la *Utopía* de Tomás Moro. (Véase *Historia de la literatura hispanoamericana*. Vol. 1. Coord. L. Iñigo Madrigal. Madrid: Catedra, 1998, pág. 460).

⁷ Huizinga, citamos por H. T h o m a s: *Podbój Meksyku*. Katowice: Książnica, 1998, pág. 7.

no dudaban de la culpa de los delincuentes sin darse cuenta de que la sociedad, como tal, también puede ser responsable del crimen. Subrayemos también que *reformular* no significaba para ellos *mejorar, renovar o corregir*, sino *adaptar a sus necesidades, ideas y conceptos*.

Ante lo anterior, alguien podría decir que tales condiciones no permitirían soñar, y tanto menos crear utopías...

Sin embargo, tampoco podemos olvidar la gran transformación que la nobleza española feudal experimentó durante el último período de la Edad Media. Los hechos históricos y sociales como el término de la reconquista y sus resultados (problemas económico-sociales y falta de guerras, lo que producía tedio y falta de esperanza), por un lado, y el soplo de la filosofía y de los ideales renacentistas, más un constante convencimiento de la nobleza española de su vocación de grandes hazañas por el otro, crearon un nuevo y gran ideal que estimuló las energías del hombre de aquella época: la aventura caballeresca. Como señala M. Lucena Sanmoral⁸, la energía de los hombres feudales había quedado amansada por el poder político que la nueva época ponía en manos de los reyes. Así pues, al igual que su antigua vida de acción, en los siglos anteriores, había inspirado el mundo épico, convertida ahora en mera fantasmagoría sin realidad, sus anhelos se manifiestan en ficciones literarias. Su encarnación es la novela de caballerías cuyo protagonista, refinado y galante, se lanza a la aventura empujado por una exaltación individualista, quimérica y, muy a menudo, sin finalidad práctica alguna...⁹

Ahora sólo nos falta añadir que aquella era una época donde se confundían los confines entre crónica y leyenda, los sueños con las posibilidades y la verdad con los mitos¹⁰. ¿Cómo lo formula el famoso dicho inglés atribuido a Disraeli?: “Alimentad el espíritu con grandes pensamientos. La fe en el heroísmo hace los héroes”. Y así era el ambiente filosófico-mítico en que nacieron los relatos del Nuevo Mundo.

Sin embargo, todo lo dicho hasta ahora no explica por qué nos parece posible comparar los relatos del Nuevo Mundo con la literatura utópica. Pasemos, pues, a la explicación.

En primer lugar, recordemos que los relatos y el Diario de Colón, las cartas a Carlos V de Hernán Cortés, la obra de Bartolomé de las Casas y, por fin, los diarios y relatos de numerosos y más o menos conocidos misionarios y conquistadores de las Indias fueron escritos por hombres que habían salido de Es-

⁸ M. Lucena Sanmoral: *Hispanoamérica en la época colonial*. En: *Historia de la literatura hispanoamericana...*, págs. 11–56.

⁹ Recordemos, por ejemplo, el famoso *Amadís de Gaula* y otro linaje que, junto al linaje de Amadís, prosperó en España desde comienzos del siglo XVI: *Palmerín de Oliva*, con sus aventuras en las tierras lejanas, amores y triunfos.

¹⁰ No podemos olvidar la búsqueda de la *Fuente de la Juventud*, de los *Siete Ciudades de Cibola* y otros mitos tratados como unos objetivos reales.

paña en búsqueda de sus sueños, más o menos ideales, más o menos heroicos, más o menos prosaicos, pero al fin y al cabo sueños que sólo podían realizarse en un mundo lejano y diferente de lo ya conocido y que ya había desilusionado a muchos... En suma, lo que movió a aquellos hombres fue una mezcla de ambición, de deseo de aventuras, de espíritu de cruzados, de honor y fama y también – para muchos –, de servicio al rey. Así las cosas, ya estamos ante la primera de las características de una utopía: **el motivo de viaje**.

En este momento, seguramente hay quienes pueden reprocharnos que tal motivo de viaje puede parecer un poco forzoso, ya que todos nuestros viajeros sabían a dónde iban. Incluso Colón, que pensaba llegar a las Indias. No obstante, nadie puede negar que el mundo al que por fin llegaron era totalmente diferente del que conocían:

[...] en el trigésimo tercer día después de que saliera de Cádiz, vine al mar indio, en donde encontré muchas islas habitadas por los hombres sin número [...]. Las islas allí parecen muy fértiles. Esta isla [Juana] es rodeada por muchos puertos muy seguros y anchos [...]. Muchos ríos anchos la atraviesan. Hay también muchas montañas muy altas allí. Todas estas islas son muy hermosas; son accesibles y llenas de una gran variedad de árboles que estiran hasta las estrellas. [...] Las ví tan verdes y prosperando como está generalmente en España en el mes de mayo: alguna de ellas florecía, alguna estaba en fruta, algo estaba en otras condiciones; cada prosperaba de su propia manera. [...] los pájaros sin número cantaban, en el mes de noviembre. [...] La conveniencia de los puertos en esta isla [Hispania] y el número notable de los ríos que contribuyen a la salud del hombre, exceden creencia, a menos que uno los haya visto [...]¹¹.

Citemos también unos fragmentos de los relatos de Cortés, a quien Tenochtitlan se le aparece como si fuera un fenómeno fabuloso: diferente de lo conocido, rico, feliz y bien organizado:

El oficio más rico y artificioso es platero; [...] Funden una mona que juegue las pies y cabeza; [...] vacían un papagayo que se le ande la lengua, que se le menee la cabeza y las alas. [...] Los hombres y mujeres y niños conocen mucho en yerbas¹².

Les sorprendió y también les encantó la **organización administrativa** de Tenochtitlán: “[...] y así, andan siempre por la plaza y entre la gente unos al-

¹¹ Los fragmentos de una carta de Colón a Santángel y de los relatos de Cortés que citamos en el presente texto han sido tomados de: *Cartas de Indias* (publicadas por la primera vez por el Ministerio de Fomento). Madrid, Imp. de E.G. Hernández, 1877. Reproducidas en B.A.E., 1974, págs. 264–265.

¹² Ibidem.

guaciles. Y en una casa que todos los ven, están doce hombres ancianos, como en judicatura, librando pleitos [...]”¹³.

Además, no podemos olvidar que el propio viaje no era fácil y corto, sino largo, lleno de peligros (también sobrenaturales, como creyeron entonces) y su finalidad era insegura, pues, en primer lugar, nadie había cruzado el Mar Tenebroso antes de Colón. Se desconocía su régimen de vientos y la posibilidad de hallar alguna isla que sirvieran de escala para tan largo viaje. Y, aunque gracias a Colón nació la vinculación entre América y Europa, los que le siguieron tampoco podían sentirse mucho más seguros.

Por otra parte, lo que parece faltarnos de verdad entre las características utópicas es el **motivo de guía**. Evidentemente no encontramos en los relatos ningún anciano sabio, estimado y respetado por los miembros de su comunidad, que llevara a los protagonistas por los meandros de las costumbres, leyes, la economía y la administración del otro mundo. Sin duda, nuestro protagonista tampoco necesita ser protegido. También su *bondad interior*, si existe, es mucho más inconsciente y está mucho más escondida bajo una capa de agresividad, codicia, vanidad y egoísmo... por este motivo los guías de los conquistadores no son personas místicas:

Ahora en el medio tiempo había aprendido de ciertos indios, *a que habia agarrado allí*, que este país era de hecho una isla [...]. Tan pronto como alcanzara ese mar, *agarré por la fuerza a varios indios en la primera isla*, para que puede ser que aprendan de nosotros y de modo semejante nos digan sobre estas cosas en estas tierras de las cuales ellos mismos tenían conocimiento [...]”¹⁴.

El único guía al estilo utópico, es decir, sabio y concededor de las costumbres, aunque joven y, según dicen, hermosa, parece ser Malintzín, quien hablaba “la lengua extraña, la lengua salvaje de los extranjeros” y cuyos conocimientos, lealtad y prudencia resultaron inestimables para Cortés. No obstante, la historia de la bellísima princesa pertenece ya a un cuento diferente.

En nuestra opinión, la falta del motivo del guía resulta directamente de la contradicción básica entre lo utópico y lo real del carácter y de la actitud de los conquistadores. Aunque, como se ha visto arriba, no es difícil encontrar en sus relatos motivos típicamente utópicos como el motivo de viaje, la búsqueda de otro mundo y de la realización de los sueños, es evidente que ni aquel mundo ni aquellos sueños equivalen a lo que empujaba a los protagonistas de las novelas utópicas: los conquistadores no buscan el bien sino los bienes. Los conquistadores no quieren mejorarse a sí mismos. Los conquis-

¹³ Ibidem.

¹⁴ Otro fragmento de la misma carta de Colón a Santángel; en: *Cartas de Indias...* Los subrayados son nuestros.

tadores son perfectos. Traen consigo la evangelización de los indios paganos, vienen para conseguir nuevos territorios donde establecerse como colonos en nombre de los reyes cristianos. Y todo ello con la bendición del papa, quien divide el mundo descubierto entre los portugueses y los españoles. M. F. de Enciso apuntó en su *Suma de geografía* que, a principios del siglo XVI, los indios Cenú al enterarse de aquella extraña división “dijeron que el papa debería estar borracho”¹⁵.

Sin embargo, no olvidemos que los españoles tenían una gran experiencia colonizadora, adquirida en los siglos de reconquista contra los árabes; tenían también una gran convicción de la importancia de su misión y de la superioridad de los cristianos. En suma, una acción de conquista con objeto de someter a los naturales era necesaria como preparación para la colonización. “La solución fue natural y fruto de la Historia”, dijo M. Lucena Salmoral¹⁶. Y tenía razón.

Así las cosas, no hay nada sorprendente en que las citadas arriba tesis propuestas por Ch. Walsh no puedan ajustarse a nuestros relatos en su totalidad. Parece que sólo pueden encontrarse las siguientes: “no es difícil reformar al hombre” y “el hombre es capaz de ordenar el mundo, instituir leyes y eliminar absurdos”.

No obstante, hay que recordar que aquellas tesis pueden tener sentido exclusivamente bajo la condición de que la primera se refiera a un indígena y la segunda a un cristiano blanco, es decir de que aceptemos la filosofía del mundo y los estereotipos propios de aquella época, en la que por *reformular* se entendió *adaptar a sus necesidades* y por *absurdo* todo lo que no se ajustó a estas necesidades, ideas y conceptos. Es, pues, muy conocida la tesis propuesta por Martín Fernández de Enciso¹⁷, en el año 1513 en Valladolid, de que las Indias habían sido otorgadas a España por el papa Alejandro VI como Canaán había sido otorgado a los judíos por Dios. Así pues, los españoles podían tratar a los indios del mismo modo en que Josué trató a Jericó. Dicho sea de paso, aquello puede explicarnos de alguna forma los principios y los motivos de la leyenda negra descrita en los relatos de Bartolomé de Las Casas, la cual había dejado una sombra muy larga en la historia de la América Latina.

De este modo llegamos a otra característica importante de la utopía, es decir, a la **valoración**. La base de esta valoración parece estar clara. Es la convicción de los conquistadores del *status* objetivo y absolutamente unívoco de su propia filosofía del mundo, jerarquía de valores, hechos y fenómenos.

Sin embargo, exactamente en este momento tropezamos con una desviación de una de las características básicas de la literatura utópica. En la litera-

¹⁵ M. F. de Enciso: *Suma de geografía*. Sevilla 1519.

¹⁶ M. Lucena Salmoral: *Hispanoamérica...*, pág. 13.

¹⁷ Citado por Walter Mignolo: *Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista*. En: *Historia de la literatura hispanoamericana...*, pág. 59.

tura utópica el mundo al que llegamos, el mundo descubierto, es **un mundo lejano, cerrado para otros**, universal y autárquico. No obstante, en los relatos españoles el mundo universal, ideal y cerrado para otros, es él de los propios españoles. Claro está que no estamos aquí ante una relación del tipo maniqueo: el mundo de los indígenas no es totalmente malo y el de los españoles sólo se acerca al ideal. El mundo de los indígenas es simplemente peor desde un punto de vista de la ética e intelecto europeos... La admiración para la organización, administración y arte de los mexicas es puramente estética y parece acercarse más bien a la admiración para los “milagros de la naturaleza” tales como el arco iris o el amanecer... No merece la valoración ni comparación con lo europeo o, más bien, lo español. Aquella falta de respeto, casi desprecio moral e intelectual se expresan en la lengua que utilizan los conquistadores. Para ilustrarlo, citemos las palabras autoritarias de Colón:

Toda esta gente carece cada clase de hierro; ella está también sin armas que son de hecho desconocidas; *ni es ella competente para utilizarlo*, no a causa de la deformidad del cuerpo, porque la forman bien, pero porque *ella es tímida y llena de miedo*. *Dan las cosas valiosas para las bagatelas...*[...] que puede ser que sean hechos los admiradores de Cristo, y que puede ser que sean llenos de amor hacia nuestro rey, reina y príncipe, y la nación del español en conjunto¹⁸.

Los españoles valoran desde su propio punto de vista. No les interesa el modo de ver y sentir del mundo presentado por los indios. Pues, los indios no lo merecen: no son inteligentes (aunque capaces de aprender cosas), hasta no se sabe con seguridad si tienen alma. Lo único que puedan conseguir en el mundo de los blancos es “ser buenos sirvientes”, como escribió Colón en la misma carta.

Todo ello puede verse leyendo la descripción que se hace en los textos indígenas de los dones ofrecidos a Cortés y el modo como éste trató luego de atemorizar a los príncipes indios, disparando ante su vista un arcabuz.

Todo ello puede verse mucho mejor leyendo un poema que forma parte de los *icnociúcatls*, los cantares tristes, verdaderas elegías, obra de los poetas nahuas postcortesianos:

Oro, jades, mantas ricas,
plumajes de quetzal,
todo eso que es precioso, en nada fue estimado...¹⁹

¹⁸ Otro fragmento de una carta de Colón a Santángel; en: *Cartas de Indias...* El subrayado es nuestro.

¹⁹ Ms. Anónimo de Tlatelolco, 1528. Biblioteca Nacional de México. Versión e índice Á. K. M^a G a r i b a y: *Xochimapiclli, Colección de Poemas Nahuas*. En: *América Indígena*. Vol. 16. México: Instituto Indigenista Interamericano, 1956, n. 4.

Así las cosas, ha llegado el tiempo para comparar el *status* ontológico-mítico de los dos mundos en cuestión. Aquel problema es muy importante, porque es el único que no se ajuste a las características de una utopía.

La literatura utópica “regula” de un modo bastante claro la relación entre los dos mundos: él de los forasteros es real y por definición abierto, mientras que es él de los indígenas que debe estar cerrado y presentar características exclusivamente positivas. No obstante, en nuestra comparación estamos ante dos mundos cerrados desde un punto de vista de la cultura y modo de pensar. Hay más: ninguno de los dos merece el nombre de positivo.

Sin embargo, tal situación es lógica y comprensible, puesto que no estamos aquí ante dos mundos creados para los objetivos literarios sino ante dos mundos muy reales y muy distintos. En el mundo real no hay pueblos ideales. No olvidemos que los mexicas también habían sido conquistadores, habían conquistado terrenos y pueblos, pero en el momento de la llegada de los españoles ya todo fue terminado...

Los españoles, aunque cerrados e inflexibles en su modo de pensar, en sus estereotipos, en su misión imperial y en la creencia ilimitada en sus propias cualidades, estaban empezando su gran desarrollo. Fue, entre otros, la conquista la que contribuyó al nacimiento de su imperio. Los mexicas, al contrario: la derrota había sido inscrita en su filosofía del mundo mucho antes de la llegada de los españoles. De acuerdo con su religión sus días estaban contados, su mundo les había sido prestado²⁰. Es porque los mexicas o, más bien, sus reyes, también tenían una misión. La misión totalmente opuesta a la de los españoles.

Observemos pues, que, el mundo de los indios, conoce ya no sólo otros pueblos sino que, ante todo, parece que tampoco le son ajenos otros mundos, los mundos cósmicos de los cuales había llegado Quetzalcoatl. El pueblo mexica vive ahora en espera del regreso de su dios. Los mexicas no se creen un pueblo ideal. Sus reyes sólo intentan ser buenos lugartenientes para el dios que les prometió volver a su tierra.

Aquella diferencia entre las misiones es indispensable para comprender por qué la visión utópica que podemos detectar en los relatos no se ajusta, precisamente en ese punto, a las características del género literario hasta ahora muy bien representadas. La respuesta es muy simple: el problema resulta de la autenticidad histórica de ambos mundos, la cual no les permite inscribirse en el modelo puramente literario de la utopía.

Así las cosas, es lógico que, tanto los sueños y la subordinación de estos a una misión, como la visión utópica del mundo nunca fueran reservados exclusivamente para los europeos. Los indios también los tuvieron. Los tuvo tam-

²⁰ Compárense p.ej. B. de la Fuente: *Native Mezoamerican Spirituality*. En: *Estudios de Cultura Nahuatl*. Vol. 16. Mexico: UNAM, 1983, págs. 380-394.

bién Montezuma. Sin embargo, para hablar de ello tenemos que recurrir a los documentos indígenas, arriba mencionados, escritos por varios informantes anónimos de Tlatelolco (Tenochtitlan), a unos cuantos ejemplos de célebres *icnocuicatl* “cantares tristes” de la Conquista así como a unas transcripciones de los textos de los informantes de fray Bernardino de Sahagún, de acuerdo con el *Códice Florentino* y el testimonio de Diego Muñoz Camargo, el autor de la *Historia de Tlaxcala* recogidos, como ya se ha dicho arriba, por Garibay en su *Visión de los vencidos*²¹.

En los textos tomados del *Códice Florentino* aparece claramente la proyección que hicieron los indios de sus antiguas ideas para explicarse la venida de los españoles: pensaban que el recién llegado era Quetzalcoatl, Su Príncipe. Montezuma, así como los reyes anteriores pensaba en la venida de Quetzalcoatl y, de alguna manera estaba preparado para este acontecimiento. Por este motivo, al oír de un pobre *macehual* (hombre del pueblo), venido de las costas del Golfo las primeras noticias de la llegada de unas “torres o cerros pequeños que venían flotando por encima del mar” en los cuales venían gentes extrañas “de carnes muy blancas, más que nuestras carnes, todos los más tienen barba larga y el cabello hasta la oreja les da”²² empezó a prepararse en serio.

¿La llegada de Quetzalcoatl fue para Montezuma un sueño o una pesadilla? ¿Pensaba el rey en ello esperando despojarse de los problemas que tal acontecimiento parecía poder plantear, o, al revés, con el miedo de perder su reino? Esto nunca lo sabremos... Lo cierto es que Montezuma quería recibir a Quetzalcoatl con todo respeto:

Moteczuhzoma hizo junta con sus príncipes. [...] Les hizo oír el relato y les mostró, les puso a la vista los collares que había mandado hacer. Les dijo: – Hemos admirado las turquesas azules. Se guardarán bien. [...] E hizo su turno el año, que linda con 13-Conejo. Y cuando ya va a tener fin, al ya acabarse el año 13-Conejo, vienen a salir, son otra vez vistos. [...] Era como si pensara que el recién llegado era nuestro príncipe Quetzalcóatl²³.

²¹ Todos aquellos documentos, como p.ej.: B. de Sahagún: *Historia General de las cosas de Nueva España*. Preparada por A. Garibay. En: *América Indígena*. Vol. 16. México: Instituto Indigenista Interamericano, 1956, n. 4, se encuentran en la Biblioteca Nacional de México, pero algunos de ellos son accesibles, entre otros, en la página web: <http://biblioweb.dgsca.unam.mx/libros/vencidos/>, de la cual se han tomado también algunas recapitulaciones.

²² A. Garibay: *Visión de los vencidos*... Todos los fragmentos relacionados con el primer encuentro de Montezuma y Cortés y con la derrota de Tenochtitlan que citamos en adelante provienen de la página web arriba mencionada.

²³ *Ibidem*.

Hablan los textos indígenas, principalmente los informantes de fray Bernardino de Sahagún, acerca de las varias idas y venidas de los mensajeros de Motecuhzoma hacia las costas del Golfo, por donde habían aparecido los forasteros. También relatan los mexicas el modo como llegaron los mensajeros hasta la orilla del mar, siendo allí recibidos por los españoles, a quienes entregaron los dones enviados por Montezuma. A continuación del relato se enumeran las piezas valiosas de oro, plumas y piedras preciosas que los reyes de Tlatelolco habían guardado para el Príncipe:

– Id, no os demoréis. Haced acatamiento a nuestro señor el dios. Decidle: – Nos envía acá tu lugarteniente Motecuhzoma. He aquí lo que te da en agasajo al llegar a tu morada de México²⁴.

Para Montezuma aquel momento podía significar el fin de su espera. El lugarteniente estaba finalizando su tarea. ¿La había ejecutado bien o mal? Ahora va a enterarse de todo: “Así estaba en su corazón: venir sólo, salir acá: vendrá para conocer su sitio de trono y solio. Como que por eso se fue recto, al tiempo que se fue”²⁵.

El encuentro con Cortés parece ser una experiencia extraordinaria para los dos:

Cuando él [Montezuma] hubo terminado de dar collares a cada uno, dijo Cortés a Motecuhzoma: ¿Acaso eres tú? ¿Es que ya tú eres? ¿Es verdad que eres tú Motecuhzoma? Le dijo Motecuhzoma: – Si, yo soy.

Y continuó Montezuma encantado:

Señor nuestro: [...] ya a la tierra tú has llegado. Has arribado a tu ciudad: México. Aquí has venido a sentarte en tu solio, en tu trono. Oh, por tiempo breve te lo reservaron, te lo conservaron, los que ya se fueron, tus sustitutos. [...] No, no es que yo sueño... ¡Es que ya te he visto! [...] Pues ahora, se ha realizado: ya tú llegaste, [...] Llegas a la tierra: ven y descansa; toma posesión de tus casas reales. ¡Llegad a vuestra tierra, señores nuestros!²⁶

No obstante, como sabemos, el mundo de Montezuma, el mundo prestado, arrendado a Montezuma sufrió muchísimo por causa de la equivocación de su rey:

²⁴ Ibidem.

²⁵ Ibidem.

²⁶ Ibidem.

Y cuando [los españoles] llegaron, cuando entraron a la estancia de los tesoros, era como si hubieran llegado al extremo. Por todas partes se metían, todo codiciaban para sí, estaban dominados por la avidez²⁷.

Sin embargo, dicha equivocación no fue la causa directa de la derrota del pueblo mexicana sino una consecuencia de su filosofía fatalista del mundo, de la “momentaneidad” de la vida inscrita en su existencia...²⁸

En nuestro breve estudio hemos demostrado que, gracias a la definición bastante inexacta de la novela utópica, las características más importantes de aquel género literario pueden estar implícitas en los textos que a primera vista nada tienen que ver con los ideales utópicos. Nuestro objetivo ha sido buscar aquellos rasgos en los relatos de los primeros conquistadores del Nuevo Mundo.

Y así, en dichos textos, se han encontrado y analizado las características fundamentales de la utopía: el motivo de viaje, el descubrimiento de un mundo nuevo completamente diferente y desconectado de todo lo ya conocido, el motivo de guía, la admiración para la naturaleza, pero también para la economía y administración del mundo descubierto y, por fin, hasta la valoración. Otro principio característico del mundo utópico que hemos encontrado en las cartas de los relatos españoles, es que el hombre es capaz de ordenar el mundo, instituir leyes y eliminar absurdos... bajo la condición de que sea un cristiano blanco, en aquel caso específico.

No obstante, aunque, como hemos demostrado, en los relatos del Nuevo Mundo los rasgos utópicos más característicos son evidentes, ninguna de aquellas características puede ajustarse en su total al modelo literario de una obra utópica. Tal situación no es nada sorprendente si tomamos en cuenta el hecho de que, en primer lugar, la “utopía” de los conquistadores no fue el efecto de una actitud literaria consciente, sino que resultaba de una filosofía del mundo específica de aquella época, de un sistema axiomático basado en un radicalismo total, de todo aquel ambiente filosófico-mítico en que nacieron los relatos del Nuevo Mundo.

Otro motivo, mucho más importante, es el *status* ontológico-mítico de los dos mundos en cuestión: el Viejo y el Nuevo. Los dos mundos son reales y sufren todas las consecuencias de este hecho: son dos culturas ya formadas, poco flexibles y totalmente diferentes, con dos filosofías del mundo opuestas y, además, se encuentran en dos puntos opuestos de su historia. Cada una de aquellas dos culturas está convencida del *status* objetivo y absolutamente

²⁷ Ibidem, pero véase también M. Ballesteros Gaibros: *Vida y obra de Fray Bernardino de Sahagún*. León: C.S.I.C., 1973.

²⁸ Véase también: E. van Young: *Quinto Centenario: tomar en cuenta a los otros*. *Mexican Studies*. California: UCLA, 1992.

unívoco de su propia filosofía del mundo, jerarquía de valores, hechos y fenómenos. Cada una tiene su misión. Los españoles empiezan su gran desarrollo; están llenos de ambición, de deseo de aventuras, de espíritu de cruzados, de honor y fama; no buscan el bien sino los bienes, no quieren mejorarse a sí mismos puesto que ya son perfectos. Traen consigo la evangelización de los indios paganos, vienen para conseguir nuevos territorios.

La misión de los indios es diferente. Ellos ya han terminado su conquista, están en pleno desarrollo material pero, al mismo tiempo, finalizan su vía mística: su misión es esperar el fin y prepararlo bien.

Así las cosas, el problema que los relatos aquí estudiados podrían plantear si alguien intentara inscribirlos completamente en la obra utópica es evidente e inevitable: es el *status* real, histórico de los hechos descritos.

No obstante, una vez terminada nuestra búsqueda de los rasgos utópicos en los primeros relatos americanos, permítesenos hacer una observación íntimamente ligada a las consecuencias del carácter real de la trama de nuestros relatos.

Cualquiera que sea la cultura y filosofía del mundo en que ha crecido, cualquiera que sea la misión o el fin que se ha diseñado, el ser humano se caracteriza por una profunda necesidad de vivir y de definir y mantener su propia identidad. Los mexicanos con toda su filosofía fatalista del mundo inscrita en su existencia, no fueron nada diferentes. Citemos unos fragmentos de los cantares tristes escogidos de *La ruina de tenochcas y tlatelolcas* y *Los últimos días del sitio de Tenochtitlan*²⁹ que cuentan la historia desde la llegada de los conquistadores a Tenochtitlan, hasta la derrota final de los mexicanos:

Afánate, lucha, ¡oh Tlacatécatl Temilotzin!
ya salen de sus naves los hombres de Castilla y los
[de las chinampas.]

Ya se ennegrece el fuego;
ardiendo revienta el tiro,
ya se ha difundido la niebla:
Y todo esto pasó con nosotros.
Con esta lamentosa y triste suerte
nos vimos angustiados.
En los caminos yacen dardos rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.

Como vemos, estos poemas, estos testimonios dramáticos, muestran ya la herida tremenda que dejó la derrota en el ánimo de los vencidos. Son, usando

²⁹ Á. Garibay: *Visión de los vencidos... Cantares Mexicanos*. Biblioteca Nacional de México, accesibles en: <http://biblioweb.dgsc.unam.mx/libros/vencidos/>.

las palabras de Garibay, uno de los primeros indicios del trauma de la Conquista:

[Se ha perdido el pueblo mexicana]
El llanto se extiende, las lágrimas gotean allí en
[Tlatelolco]

¿Es posible, entonces, que hablando de una utopía hemos llegado a una antiutopía?

No, pues tal interpretación sería una simple confusión de dos planos distintos, o, más bien, de dos objetos de análisis totalmente diferentes: la utopía implícita en los textos españoles es, a pesar de todo, un sueño inscrito en el pensamiento de aquella época, mientras que lo que a primera vista podría parecer una visión antiutópica es simplemente una descripción del resultado real de aquel sueño, una pesadilla sufrida en realidad. Los cantares mexicanos, en palabras simples y directas, sin adornos y recursos superfluos, expresan una desesperación inmensa, una tremenda desgracia, una profunda decepción, pero, ante todo, el sufrimiento por la pérdida de su identidad:

[...] Se nos puso precio,
Precio del joven, del sacerdote,
del niño y de la doncella.